

*Teoría de todo*  
Paula Lapido

escuela de  
escritores



TROPO EDITORES

Tropo Editores  
*Colección Voces*



Persigue un imposible con *Teoría de todo* de Paula Lapido

*Teoría de todo* es un libro de relatos que emociona, pone los pelos de punta y nos recuerda que el tiempo pasa y el destino esconde bromas pesadas.

Los personajes de *Teoría de todo* persiguen imposibles sin ellos saberlo. El superhéroe en plena crisis existencial que ya no quiere salvar al mundo sino que le dejen

en paz y dedicarse al voyeurismo; la mujer que, un buen día, deja de soñar con gatos y su existencia se vuelve una tragedia; un hombre lobo con vocación frustrada por el cine de terror; el poeta dadaísta que se enamora sin remedio de una diosa celta de la guerra o ese estudiante de la vivisección en el Renacimiento que descubre lo extraordinario y placentero de las setas venenosas...

**La autora: Paula Lapido (Madrid, 1975)**



Paula Lapido nos recuerda a lo mejor de la literatura inglesa del siglo XX, a Herman Melville, a Irving Welsh, pero sin embargo mantiene una textura diferente y única. Este primer libro de

relatos significa el descubrimiento de una autora condenada a brillar en el firmamento literario, una de las apuestas más firmes y prometedoras de la colección Voces.

Es licenciada en Ciencias Físicas y trabaja como arquitecta de software, sin descuidar su pasión por la música clásica, pues toca varios instrumentos y canta habitualmente en coros de cámara.

Ha publicado sus relatos en varias revistas y también ha sido finalista de diversos premios literarios, entre ellos el Caja España 2008 de libro de cuentos con *Teoría de todo*, y el relato "Yakamoz", con el que fue finalista del premio de relato breve Cosecha Eñe 2009.

## Prólogo

La palabra teoría nació mucho más bella de lo que es ahora. La utilizaban los antiguos dioses para contemplar la acrópolis de los hombres, cómodamente instalados en sus palcos del Olimpo. Puede, no es seguro, que un buen día se cansaran de ser los voyeurs de nuestro teatrillo y decidieran invertir su tiempo en labores más acordes a su divina condición, y que entonces los pobres humanos nos apresurásemos a recoger los despojos de aquella palabra defenestrada, igual que se hereda la ropa de un hermano mayor. Nos pareció, sin duda, una voz inmensa, lo suficientemente griega como para definir un poder, una capacidad que nos atribuimos y que quizás ni siquiera es real, sino tan sólo anhelada, la de desmenuzar cada fenómeno en un montón de pequeñas leyes que nos permiten reconocer ese mismo proceso, esa misma experiencia, la próxima vez que nos encontramos ante ella. Intentamos emular a esas divinidades, somos espectadores que miramos porque necesitamos explicarnos algo, describir

aquello que sucede cerca de nosotros, prever sus efectos. Hay teorías de muchos pelajes, de desigual calado, de distinta envergadura, sin embargo. A veces una teoría arroja una luz mínima, miserable, no sirve para casi nada. Pero otras el esfuerzo es más ambicioso, y la teoría ilumina el objeto contemplado con una nitidez absoluta, como si fuera un centro de gravedad, conectando cada fenómeno físico con muchos otros, emparentando las circunstancias más diversas en un mismo árbol genealógico. Eso es lo que se llama, en física cuántica, una teoría del todo.

Me da la sensación de que Paula Lapido enuncia en su libro de relatos una versión propia de esta teoría. El resultado es un todo coherente, cerrado y abierto a la vez, formado a partir de un puñado de historias que la autora disecciona con sus ojos de científica, de pianista, de lectora. Paula examina el interior de los personajes, contempla su manera de estar en el mundo, de relacionarse con el medio y los otros. Apunta con paciencia lo que sucede cuando cada ejemplar, cada nota, cada protagonista, se enfrenta a una situación adversa o a un antagonista inesperado. Desgrana, página a página, el ciclo que origina una crisis en su existencia, cómo se fragua ese conflicto y la manera en que acaba resolviéndose, con un cierre que resulta próximo, analógico, al de todas las otras teorías, sinfonías, historias.

Gracias a Paula, descubrimos que forma parte de la literatura ese todo que tanto amamos y que tanto nos intriga, por inasible, David Foster Wallace y esos dedos manchados del color del curry picante, muy picante que señalan una bomba dormida, monumento y amenaza a la vez; la silueta fantasmal que deja un músico en la fachada donde se apostaba para tocar ayer mismo y Eloy Tizón; el fin progresivo del mundo, hecho de cabelleras de mujer arrancadas flotando en el mar y Ray Bradbury; Bach, o el arma mortífera del oído absoluto de un moco-so; el envoltorio chillón de unas galletas perversas y los niños prodigio que se convierten en adultos repugnantes de David Sedaris; Vladimir Nabokov y una monografía inacabada sobre el jabón perfumado que escribe desde su cubículo en el lavabo de un bar alguien que muy bien podría apellidarse Pnin; Jorge Luis Borges y los sueños donde aparecen gatos que se vuelven peces; y más: una India anaranjada, la Marilyn rosa chicle de Warhol, Escocia esculpida en lluvia y piedra, Ava Gardner y su misterio blanco y negro, una buhardilla de Malasaña, Paul Naschy fascinado por la cola de caballo de una rubia platino que corre por el parque, dos casitas adosadas y con jardín en un vecindario del Boston más terroríficamente idílico. Y más aún: porque comprendemos que la definición de todos los amores puede resumirse en una sola, la que Paula nos da: se aman aquellos dos que al despertar cada mañana recuerdan el número de gatos con los que

soñaron por la noche; que la muerte es la tecla de piano que enmudece en casa del hombre ahorcado; que el ideal perseguido, el que nunca llegaremos a rozar, tiene forma de mujer con nombre celta y melena impermeable, que se pierde de vista, para siempre, al doblar una esquina.

Sí, definitivamente, debemos darle las gracias a Paula, por su todo.

PATRICIA ESTEBAN ERLÉS

## CURRY MUY, MUY PICANTE

Los viejos del pueblo suelen contarles a los extraños y a los turistas despistados que acaban allí por casualidad cómo una noche de principios de verano Rajeev Shastri, que se ganaba la vida como transportista de mercancías peligrosas para mantener a su familia de trece hijos, mujer, suegros, padres, abuelos y bisabuelos y tenía los ojos hundidos y las espaldas cargadas por el peso de su prole y de sus ancestros, desapareció. Explican que atravesó su camión en medio de la calle principal, se bajó y cruzó el pueblo sin mirar a un lado ni a otro, sino a los remolinos de polvo que levantaban sus sandalias del suelo, montó en el tren que llevaba a Bombay y nadie volvió a verle nunca.

A veces alguno de los viejos añade que las llaves siguen puestas, y señala con un dedo flaco del color del curry muy picante al camión, que continúa aparcado donde Rajeev lo dejó. Entonces todos se vuelven hacia el extraño y le preguntan, como quien no quiere la cosa, con unas vocecillas que intentan parecer inocentes:

—¿Sabe usted conducir?

La conversación no suele llegar mucho más lejos, porque entonces es habitual que Pratik Thapar, dueño del restaurante que se adivina justo detrás del camión, salga de su local agitando un trapo sucio de salsa y grasa y se lance corriendo hacia los viejos, sentados al otro lado de la calle. Sus gritos se oyen en todo el vecindario y hasta pasan por encima del silbido de los trenes que van a Bombay. Trenes que Pratik bendice cada mañana al levantarse por haberse llevado a Rajeev Shastri ya que, si no hubieran querido los dioses que el pobre camionero dejase allí plantado su vehículo, no se habría convertido Pratik Thapar en el hombre más popular del pueblo y de la comarca, ni su foto habría salido en ningún diario, ni su restaurante se habría llenado de comensales ansiosos por ver la bomba.

—¿La bomba?

En cuanto alguno de los extraños pronuncia la palabra, los viejos se escabullen riendo con sus bocas desdentadas y dejan solo a Pratik Thapar, que sabe muy bien cómo arreglarlo.

—Sí, como pueden ver ustedes, eso de ahí es una bomba —abre los dos brazos y abarca con ellos el camión, con una sonrisa de orgullo, como si contemplase al fruto de sus entrañas—. ¿No es impresionante? Pero no se preocupen, es totalmente inofensiva sin detonador.

Los extraños que han llegado hasta allí por casualidad y no saben nada de la bomba en cuanto oyen pronunciar

esa palabra dejan a Pratik solo y huyen despavoridos hacia la estación, a coger el primer tren a Bombay. Sin embargo, no siempre fue así. Hubo una época de noticias en los periódicos, entrevistas para la radio y turistas japoneses armados con cámaras de fotos de última generación. Pero ahora, después de veinte años, la fama de la bomba se ha desvanecido. Ya no vienen expertos del gobierno, ni científicos, ni militares. Ya nadie se acuerda de que un buen día, el pobre diablo de Rajeev Shastri decidió desaparecer y dejarles un regalo que solo él, Pratik Thapar, sabe apreciar.

Así que, como tantos otros, estos extraños de hoy, aterrorizados por la cercanía de una bomba enorme, se marchan sin decir adiós por el mismo camino que tomó Rajeev Shastri hace ya veinte años y dejan a Pratik Thapar plantado en la calle, solo, con el trapo sucio en la mano y todo el calor de la tarde que hace que le sude la frente y le escuezan los ojos. A veces alguno de los viejos se asoma por una esquina, le señala con su dedo del color del curry muy picante y se ríe, y Pratik le tira el trapo y vuelve a entrar en su local, vacío y destartalado, desde donde no puede ver otra cosa que el vientre enorme, descomunal, de la bomba, con su pintura roja desgastada y su escudo amarillo que indica, en letras muy grandes, las palabras «material radiactivo».

La bomba lleva veinte años impidiendo a Pratik ver a Bandhura, que pasa todas las mañanas por delante del

negocio con su cesto de ropa recién lavada. Cada día se detiene a la altura de la puerta —o donde ella recuerda que estaba la puerta, puesto que hace veinte años que no la ha visto— y suspira. Siempre le queda un instante para recordar el apuesto rostro de Pratik Thapar, su sonrisa de dientes perfectos y la sensación de hormigas en el cuerpo que tenía cuando se besaban en el bosque, lejos de las luces del festival de verano. Después, a la puerta del restaurante se le superpone la silueta oronda y grosera de la bomba, sus carrillos rojos y sus ojos amarillos que la observan sin parpadear. Entonces Bandhura frunce los labios hasta que su antes hermoso rostro se convierte en un pedazo de cuero arrugado y seco, escupe en dirección al camión y se marcha con la barbilla mirando al cielo.

En ocasiones Bandhura se cruza por la calle con Anita, la todavía esposa del ausente Rajeev Shastri. Jamás se dirigen la palabra, aunque Bandhura fue dama de honor en la boda de Anita y esta arregló su compromiso con Pratik Thapar. Anita siempre va cogida del brazo de sus dos hijos pequeños, los gemelos Arun y Anuj, que todavía estaban en el vientre de su madre cuando su progenitor decidió poner los pies en polvorosa, y que han crecido llamando «tío» al doctor Manchapura, el dentista del pueblo. Los gemelos vuelven la cabeza para mirar con lascivia las caderas generosas de Bandhura y se sonríen por encima de la pequeña cabeza de su madre, que no se

entera de nada porque, desde que enfila la calle principal hasta que llega a la casa de su amante, al otro extremo del pueblo, no aparta ni por un momento los ojos de la bomba. Anita se ha impuesto la penitencia de pasar todos los días por delante del camión de su desaparecido Rajeev para disculparse en silencio por su adulterio. El trayecto por la calle principal se le hace tan largo como si tuviera que caminar sobre carbones encendidos, pero todo se le olvida cuando por fin llega a la casa de su amante. El camino, la bomba y los veinte años en los que ha cargado con su familia se le borran de la memoria en cuanto ve al doctor Rushil Manchapora vestido con su bata blanca y blandiendo unas tenazas, y el sillón reclinable que hace temblar a los pacientes se convierte para Anita en el mejor lecho de pasión que jamás ha conocido.

Pero en los últimos tiempos Anita ve perturbadas sus visitas diarias al doctor Manchapora. Desde hace varias semanas, Pratik Thapar tiene la mala costumbre de ir a ver al dentista a la misma hora que ella y en ocasiones se lo encuentra tumbado en el sillón reclinable, lo que le parece un insulto. Entonces Anita, que no está falta de genio, recoge a los gemelos, que siempre se quedan en la puerta, y se vuelve por donde ha venido. Los viejos del pueblo se ríen de ella y le dicen que por ese carácter suyo se marchó Rajeev, su marido, que no había quien la aguantase, pero Anita hace oídos sordos y regresa a casa tirando de sus hijos. No vuelve a mirar la bomba y decide

no mirarla tampoco al día siguiente, ya que hoy no tiene nada de lo que arrepentirse.

En la consulta, el doctor Manchapora suspira con alivio cuando oye el portazo. No puede decirle a Anita que es él el que llama a Pratik Thapar para que venga a verle, con cualquier excusa que se le ocurra: la sequía, el retraso de los trenes que van a Bombay, una nueva pasta de dientes. No puede decirle que está tan agotado que solo encontrarse con el sillón reclinable por las mañanas le provoca ardor de estómago y vértigos. Ha querido hacerle ver muchas veces lo delgado que está, que le fallan las rodillas, que él ya es un hombre maduro y necesita descanso. Anita cada vez está más desfogada, pero Rushil Manchapora ha encontrado por fin la manera de recuperar la salud. Ha leído un artículo en una revista que le llega todos los meses por correo desde Bombay en el que un investigador americano dice que la libido femenina se ve incrementada por la presencia de radiactividad. Así que el doctor Manchapora espera que Pratik Thapar le ayude a librarse de la bomba.

—¿Librarnos de la bomba? —Pratik se levanta del sillón reclinable de un salto—. ¿Por qué?

El doctor Manchapora carraspea y despliega la teoría que lleva meses construyendo:

—La radiactividad provoca efectos extraños..., mire sus dientes, los tiene grises..., a mí me duelen las rodillas..., los viejos del pueblo tienen los dedos del color del curry muy picante...

Pero Pratik Thapar no se deja convencer. Cuanto más habla el doctor Manchapura, más receloso está. Se pasa la lengua por los labios y se frota el pantalón con las palmas de las manos. Así, va dando un paso hacia atrás y luego otro, hasta que llega a la puerta. El dentista sigue hablando desde su consulta, pasea y gesticula como si estuviera dando una clase magistral. Pratik pone la mano sobre el picaporte y se despide:

—Me acabo de acordar de que tengo un pedido esperándome en el restaurante —dice—. ¡Hasta luego, doctor!

Cruza la calle todo lo rápido que puede y corre a refugiarse en su local, detrás del escudo rojo y amarillo de la bomba. Su padre está horneando pan y canturrea con voz cascada. Pratik se sirve un té caliente y se sienta en una mesa. De pronto tiene un frío terrible, tanto que se le encogen los dedos de los pies y echa vaho por la boca. No deja de mirar a la bomba, lo único que puede ver desde la puerta del restaurante. Hoy se fija por primera vez en lo desvaída que está la pintura roja de la carcasa y que el símbolo de «material radiactivo» apenas se ve, cubierto por una capa de mugre. Pratik deja el té a medio beber sobre la mesa, coge un trapo húmedo y se pone a fregar la bomba. Debajo del polvo de veinte años, los colores aún brillan. Sus pensamientos acompañan al canturreo de su padre y al ritmo del trapo sobre el esmalte sucio:

—Nadie se va a llevar mi bomba. Ni de broma.

Bandhura, que regresa de la lavandería con un cesto de ropa sucia a la espalda, se detiene al oír el canturreo y los labios fruncidos como el cuero seco se le paralizan un instante antes de que el escupitajo salga por su boca. Le parece que Pratik estuviera cantando como cantaba para ella en las noches de verano, cuando le soplaba en el ombligo y le decía que allí tenía una orquesta de pequeños duendes invisibles que le hacían cosquillas. Bandhura alisa los labios y traga la saliva que ha estado a punto de lanzar contra la bomba. De pronto se siente muy sola y muy triste, así que no se le ocurre otra cosa que dejar allí mismo el cesto de la ropa sucia y marcharse corriendo, porque ella también quiere que la bomba desaparezca, como el doctor Manchapura, aunque no tiene ni idea de qué puede hacer para conseguirlo.

Los viejos sentados al otro lado de la calle se acercan al cesto de la ropa sucia y se lanzan las prendas de uno a otro con sus dedos del color del curry muy picante: una camisa, unos bombachos, un sujetador, unas bragas grandes como la bomba. Suena el silbido del tren que va a Bombay y los viejos, como unos niños pillados «in fraganti», salen corriendo y dejan el cesto vacío tirado en medio de la calle.

Mientras el tren se aleja camino de Bombay, Pratik Thapar tiene una revelación: sabe qué hacer para recuperar su notoriedad perdida, para traer de nuevo a los turistas con sus cámaras, a los periodistas, a los científicos. Su

padre le pregunta qué está pensando y Pratik le responde que tiene que ir a la capital, que se ocupe de todo porque sólo estará fuera un par de días. Asuntos del restaurante, sí. Un posible socio. Su padre se muestra encantado y no deja de darle palmaditas en la espalda.

—Este es mi hijo —dice—. Siempre cocinando recetas nuevas.

Al día siguiente aparece Bandhura por un extremo de la calle, con la cabeza cubierta con un pañuelo morado. El silbido del tren que llama a los viajeros la sobresalta. Está buscando el cesto de la ropa que hoy no va a poder llevar a la lavandería y se encuentra con los viejos, que juegan a ver quién consigue colar dentro más huesos de ciruela. Bandhura le da una patada al cesto y el pañuelo le resbala de la cabeza. Los huesos golpean a los viejos en las mejillas y se las dejan manchadas de jugo. Bandhura les quita uno a uno las prendas de ropa; las bragas grandes que uno se ha puesto de turbante, los bombachos, el sujetador en el que otro sostiene las ciruelas. Las prendas están manchadas de curry, polvo y fruta. Bandhura lo mete todo en la cesta, vuelve a ponerse el pañuelo y se marcha a casa rechinando los dientes. Los viejos se tapan los oídos y le escupen los huesos de ciruela a la espalda. Desde el restaurante, al otro lado de la enorme bomba, llega el canturreo distorsionado del padre de Pratik Thapar, que está cocinando pan.

Pratik, que se ha levantado con el amanecer, sale del restaurante sin ver a Bandhura y se marcha directo a coger

el primer tren a Bombay, que está a punto de salir. Los viejos le siguen con la mirada y se dan codazos. Pratik camina con tanta ligereza que no se da cuenta de que va pisando los huesos de ciruela. Lleva puesto su único traje, el que compró hace veinte años para aquella entrevista en la televisión. La corbata, roja como los carrillos de la bomba, asoma del bolsillo del pantalón, y la chaqueta, que ya no le abrocha, le cuelga del brazo. Sonríe y se toca la cara recién afeitada. Se cruza con Anita y sus hijos gemelos, pero ni siquiera vuelve la cabeza. Sigue caminando hacia la estación de tren y se monta en el primer vagón. Anita le mira pasar y, en cuanto le ve asomado a una ventanilla del tren, sonrío y enseña sus espléndidos dientes blanqueados por el doctor Manchapura. Se suelta del brazo de sus hijos y echa a correr hacia la consulta del dentista. Golpea la puerta con ambos puños y se precipita en el interior en cuanto se abre. Enseguida viene el portazo. Los gemelos Arun y Anuj extienden las manos y los viejos le dan una ciruela a cada uno. Todos se sientan en la calle, frente a la bomba, y mastican la fruta. A los chicos les resbala el jugo por la comisura derecha. A los viejos, por la izquierda.

Dos días más tarde, con el amanecer, el doctor Manchapura se cruza con Pratik Thapar en la estación de tren. Ambos trajeados, aunque la ropa del dentista está recién planchada y la de Pratik, arrugada por el viaje. El doctor parece más delgado y sus rodillas se balancean como

muelles. Pratik tiene la cara colorada y los ojos casi se le salen de las órbitas. Se saludan. El doctor Manchapora apenas consigue esbozar una sonrisa; Pratik Thapar le enseña sus dientes perfectos. Después el dentista sube al tren y su vecino se encamina al restaurante.

Durante muchos días el padre de Pratik Thapar no hace más que quejarse en voz alta y a quien quiera escucharle —los viejos, los gemelos Arun y Anuj, Bandhura con su pañuelo morado, Anita que no deja de golpear la puerta de la consulta del dentista. Se lamenta de haber tenido semejante hijo, del poco respeto de Pratik por el negocio familiar, de los bollos de pan que se han carbonizado en el horno desde que su hijo decidió encerrarse en el restaurante. El anciano padre duerme en la calle, debajo del camión de Rajeev Shastri, y come ciruelas y curry muy picante con los viejos. A su regreso de Bombay, el doctor Manchapora le acoge en su consulta para exasperación de Anita. Le hace una limpieza de encías y tapa el sillón reclinable con una sábana para que pueda dormir allí. Él mismo se acomoda en la salita de espera, junto al teléfono, y se pasa el día y la noche marcando números de la capital y hablando con personas que tienen títulos importantes como «general», «ministro», «doctor investigador». Cierra la puerta con llave y sólo se comunica con el exterior a través de un pequeño ventanuco.

Cada mañana, Bandhura cruza la calle para llevarle ropa limpia y comida al doctor Manchapora, y se la pasa

a través del ventanuco haciendo malabarismos. A la vuelta se acerca a los viejos y les da una pieza de ropa vieja a cambio de las ciruelas, el tabaco o los buñuelos de curry. Luego se pone a mascar con sus enérgicas mandíbulas y, cuando juzga que la masa de su boca está lo suficientemente trabajada, hincha las mejillas y lanza un escupitajo teñido de púrpura contra la bomba. En pocos días los colores del esmalte se han difuminado de nuevo bajo una capa de saliva y jugo que, mezclada con el polvo de la calle, va tomando la consistencia del estuco. Los viejos se acercan a la bomba y pasan los dedos sobre la capa pegajosa, y dibujan gatos, nubes y árboles mientras ríen y mascan tabaco. Bandhura les deja hacer y se marcha con la barbilla mirando al cielo y los labios teñidos de jugo de ciruela o de curry muy picante. Al otro lado de la bomba, en el restaurante, se oyen ruidos sordos de martillo y taladradora, pero la puerta sigue cerrada.

Después de una semana, Pratik Thapar y el doctor Manchapura se encuentran de nuevo en la estación de tren. Ambos bien afeitados, con trajes nuevos y zapatos relucientes. Se dedican una sonrisa ufana.

—¿Cómo usted por aquí, doctor? —le pregunta Pratik.

—Estoy esperando a unos visitantes que llegan de Bombay en el tren del mediodía. Ya sabe, el asunto de la bomba que tan de cabeza nos trae. ¿Y usted?

—¡Qué casualidad! Yo también espero a unos visitantes. Y, fíjese, también vienen por la bomba.

—Qué coincidencia tan sorprendente.

—Ni que lo diga, doctor.

Aún no es mediodía pero se oye desde lejos el silbido del tren de Bombay que se acerca. Pratik Thapar se alisa el nudo de la corbata y el doctor Manchapora los puños de la camisa.

—Doctor, su asunto de la bomba, ¿cómo va?

El doctor Manchapora sonríe.

—Creo que pronto estará todo solucionado. ¿Y su asunto de la bomba?

Pratik Thapar se frota las manos.

—Vamos a volver a los viejos tiempos, cuando todo era mejor. En cuanto llegue el tren.

—En cuanto llegue el tren.

Pratik se pasa la mano por el pelo engominado y el dentista se toca las mejillas recién afeitadas. Uno da dos pasos a la izquierda. Otro golpea una piedrecita con la punta del zapato.

—Doctor, ¿aún quiere librarse de la bomba?

—Es lo peor que le ha pasado al pueblo.

—Antes de la bomba esto era un pueblo miserable.

—Desde que la bomba está aquí, somos todos unos miserables.

—No le permitiré que se la lleve.

—Yo no le permitiré que se quede con ella.

—Eso lo veremos.

—Desde luego que lo veremos.

—¡En cuanto llegue el tren!

—¡En cuanto llegue el tren!

Los dos hombres se miran, uno a cada extremo de la plataforma. Cada vez que uno de ellos hace un movimiento, el otro le imita. El doctor Manchapora da un paso diminuto hacia la vía, y Pratik Thapar da otro aún más pequeño. El doctor mira su reloj de muñeca, le da cuerda para un lado y para otro y abrillanta la esfera. Pratik Thapar mira el reloj de la pared, parpadea, vuelve a mirarlo y pone en hora el suyo. Se observan de reojo, atentos al tren que se acerca y al silbido que cada vez suena más próximo. De pronto, Pratik echa a correr y el doctor Manchapora le sigue. Salen de la estación dando zancadas y cruzan las calles cubiertas de polvo haciendo el camino inverso al que siguió Rajeev Shastri la noche que dejó su camión aparcado con la bomba, hace veinte años. Pratik rebusca en los bolsillos a la vez que corre y, detrás de él, el doctor Manchapora estira y estira los brazos, pero no consigue alcanzarle.

Llegan al camión y Pratik sube a la cabina de un salto. El doctor Manchapora mete el brazo para que no pueda cerrar la puerta y le atiza un pellizco en la pierna hasta que Pratik le aparta a base de manotazos. Caen de la cabina al suelo. El doctor Manchapora le arrebató a Pratik una caja negra con un botón rojo y los viejos aplauden con entusiasmo, vitorean a uno o a otro y hacen apuestas sobre quién vencerá. Pratik y el dentista ruedan por el suelo en

medio de una nube de polvo de la que unas veces asoma la cabeza de uno, y otras la del otro. Anita llega corriendo del brazo de los gemelos Arun y Anuj, que no dejan de mirar con la boca abierta hacia el otro lado de la calle, por el que baja Bandhura con su cesto de ropa limpia, moviendo mucho las caderas mientras camina. El doctor Manchapora muerde con saña la pantorrilla de Pratik, que le arranca la corbata de un mordisco aún más furioso. El tren de Bombay silba acercándose a la estación. Bandhura se quita el pañuelo morado y se lo mete en la boca. Le da la espalda a Anita, que salta sobre los brazos de sus hijos gemelos. El padre de Pratik sale del restaurante con un bollo de pan caliente en cada mano. Los viejos jalean y escupen tabaco. El doctor Manchapora intenta estrangular a Pratik con la corbata, pero este no pierde el tiempo y le retuerce la rodilla entre resoplidos. La caja negra con el botón rojo sale volando y cae junto a la bomba. Pratik aporrea la espalda del doctor Manchapora con los puños cerrados, sentado a horcajadas sobre sus piernas mientras el dentista intenta arrastrarse hacia la bomba a la vez que golpea las nalgas de Pratik con sus talones. Cada uno agarra la caja negra con una mano. Pratik escupe al doctor Manchapora en el ojo derecho y, al mismo tiempo, el doctor Manchapora escupe a Pratik en el ojo izquierdo. El tren de Bombay silba en la última curva antes de la estación. El doctor Manchapora le da un puñetazo a Pratik, que da un puñetazo en la caja negra con el botón

rojo. Los dos abren la boca y gritan. Bandhura grita con el pañuelo en la boca. Anita grita mientras está en el aire. Los gemelos Arun y Anuj gritan al unísono. El padre de Pratik grita mientras muerde el pan. Los viejos gritan con sus bocas llenas de tabaco de mascar.

El tren de Bombay se detiene en medio de la vía y los pasajeros se asoman a las ventanas. Los periodistas sacan sus libretas de tapa negra y empiezan a escribir a toda velocidad, a la vez que los fotógrafos abren sus cámaras y disparan una instantánea tras otra, sin dejar de darse codazos con alevosía para quedarse con el mejor ángulo. Los turistas señalan con el dedo y buscan el pueblo en sus mapas mientras, en el vagón posterior, los científicos activan los contadores Geiger y empiezan a garabatear fórmulas en sus pizarras portátiles. Los militares desenfundan sus armas automáticas con decenas de piezas móviles y suben al techo del tren para proteger a los políticos, que se esconden debajo de los asientos y forman un comité de crisis en el que todos hablan a la vez. El conductor echa el freno y se pasa un trapo por la cara, pero no ve nada porque los cristales están cubiertos por un dedo de polvo, así que baja de la cabina. Lo único que se divisa del pueblo desde allí es una enorme nube blanca con forma de hongo.

Un viejo con la espalda encorvada sale de la nube y empieza a acercarse al tren. Tiene las manos y la cara quemadas, como el curry muy, muy picante.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el conductor.

El viejo se echa a reír y le enseña su boca desdentada.

—¡La bomba! ¡La bomba! —exclama, y se marcha dando saltos sobre una sola pierna.

La nube de polvo se transforma de un hongo en una piña, luego en una palmera, y por fin empieza a despejarse de la tierra, hasta que todo el cielo se vuelve blanco. Los viajeros del tren abren la boca y emiten al unísono un «ooooh» redondo como el golpe de un gong. Viene una ráfaga de aire, se lleva las voces y da con ellas en la última pared que queda en pie. El muro se derrumba y un pequeño hongo de polvo se eleva desde el suelo.

Los viajeros poco a poco van regresando a sus asientos. Los periodistas guardan sus libretas negras y mordisquean las tapas de sus bolígrafos, los fotógrafos cambian el carrete de sus cámaras. Los turistas se dicen que es un lugar único, único de verdad y los científicos, que es necesario un estudio exhaustivo de los datos empíricos. Los militares quieren acordonar la zona sin perder más tiempo y los políticos, crear una comisión de investigación con micrófonos y sillones de cuero. El conductor sube a la cabina y hace sonar el silbato.

—¡Volvemos a Bombay! —vocifera.

El tren empieza a moverse lentamente y las nubes blancas con forma de hongo se asientan y vuelven al suelo, donde depositan su polvo de cal, hueso y tela. Donde antes estaba el pueblo no queda más que un enorme

boquete negro. El viejo con los dedos del color del curry muy picante camina siguiendo la vía, saltando sobre un solo pie. Lleva debajo del brazo un trozo de chapa en la que aún se adivina el color amarillo y unas pocas letras, y se tapa la cabeza quemada con un paño de cocina todavía grasiento.